

dos tiempos hacen tan pequeña la verdadera libertad del espíritu. La provincia que ni siquiera logró hacerse reconocer como persona civil, capaz de obrar y de poseer, permaneció como una simple división territorial; y los gobernadores, que consideraban su mando como un destierro, cuando no lo consideraban como un medio de rehabilitar su hacienda arruinada por los vicios ó por el cohecho del sufragio (1), no encontraron en torno de sí más que flaqueza y servilismo; porque no había en ninguna parte la unión que da la fuerza, ni la dignidad que nace del sentimiento del derecho que se quiere y que se puede hacer respetar.

Plutarco ha escrito en algún lugar una palabra enérgica: hablando de los asiáticos, los llama pueblos que no saben decir que no. De un cabo á otro de los vastos dominios de la república, á no ser en las gargantas inaccesibles donde algunos montañeses abrigan aún su libertad, no hay una nación que sepa pronunciar esa palabra. Así, á pesar de

(1) *Egere, foris esse Gabinium; sine provincia stare non posse.* (Cicerón, in *Pis.*, 6.)

las fórmulas y los tratados, á pesar de todos los privilegios que tan prolijamente acaban de enumerarse, no existe, á decir verdad, más que una condición en las provincias, la de súbditos.

Los romanos, pues, no supieron elevarse á una concepción más alta que la de la fuerza, y toda su ciencia política se formula en dos palabras: *divide et impera*. A lo menos bajo la autoridad de los procónsules honrados y de los emperadores inteligentes, este principio de administración se cubrió con el velo de un hermoso nombre, el de justicia, el de derecho, *jus*, que debía dominar todas las relaciones de Roma con los provinciales. Cuando Plinio habla de una ciudad, no dice nada más que el tribunal de que depende, adonde viene á pedir justicia: *jura petere*. Más tarde habrá otro que exprese el beneficio, que será la redención ó rescate de esta dominación imperiosa: *pax romana*: esta paz romana que acercará las naciones y confundirá las lenguas, verdadera divinidad del imperio, á la cual levantarán templos los mayores príncipes, Augusto, Vespasiano, Trajano, y cuya inmensa majestad honrarán los pueblos con sinceros homenajes, *immensa romana pacis majestas*.

SEXTO PERIODO

LOS GRACOS, MARIO Y SILA (133-79)

ENSAYOS DE REFORMA

CAPITULO XXXV

EL HELENISMO EN ROMA

I. - ESTADO MORAL DE LA GRECIA EN EL SEGUNDO SIGLO ANTES DE NUESTRA ERA

Ciento cuarenta y seis años antes de nuestra era, corriendo los idus de abril, ofrecía Roma el más animado aspecto. De algún tiempo hacía, dice Apiano, el senado no se reunía ya, los tribunales estaban desiertos, y en calles y plazas se apiñaba afanosa multitud inmensa como esperando algún grande acontecimiento. De pronto cundió la nueva de que en aguas de Ostia se había visto un navío adornado de magníficos despojos trayendo en la proa coronas de laurel. Nadie se atrevía á creerlo aún, cuando al caer de la tarde el mismo navío apareció en el Tíber. Luego al punto salió de mil bocas el grito: ¡Se tomó á Cartago! Y toda la noche se pasó en una alegría delirante. Por fin, se decía, por fin ha caído esa rival odiosa. Y la multitud escuchaba á algunos ancianos contarle, que hubo un tiempo, tiempo que ellos habían visto, en que por espacio de diez y seis años, los caballos nómidas habían pisoteado el suelo de Italia; en que á través de las humeantes ruinas de cuatrocientas ciudades y de las llanuras cubiertas con trescientos mil cadáveres romanos, había venido á poner sitio á Roma un ejército cartaginés. Y aquella ciudad de que había salido Aníbal acababa de caer al esfuerzo de Escipión. Corinto también acababa de sucumbir, y dos triunfos se preparaban, uno para Metelo, el segundo conquistador de Macedonia, y otro para Mummio, el vencedor de los aqueos. Si se miraba más allá de la Grecia esclavizada, no se veían más que repúblicas temerosas y reyes esclavos. Viriato era apenas una sombra en este brillante cuadro de la prosperidad del imperio.

Sin embargo, sobre las ruinas de Cartago, había llorado Escipión, pensando en Roma. «Un día también, había repetido, un día verá caer á Troya, la ciudad santa, y á Príamo, y á su pueblo invicto.» No eran vanos y poéticos temores. Aquellos romanos tan duramente templados no tenían en el corazón las fibras que responden á vagos dolores. Escipión conocía á su patria: bajo el externo esplendor, veía la lenta descomposición de las costumbres, de las antiguas creencias y del mismo pueblo, la espantosa disminución de la clase de pequeños propietarios, los progresos de la esclavitud, la influencia de los publicanos, el orgullo de

los nobles, la venalidad de los pobres. En esta inevitable transformación, cuya necesidad no podía comprender, encontraba males más terribles que Aníbal y Cartago. Y tenía razón, porque la vieja Roma iba á morir para hacer lugar á una Roma nueva.

En su oportunidad hemos presentado el patriciado sucediendo á la monarquía, después, obligado á mezclarse con el pueblo y calmándose las discordias y contiendas interiores bajo la influencia de esta dichosa unión. El buen tiempo de la igualdad republicana es el comprendido en Roma entre la época en que comienza la guerra del Samnio y la que vió acabar la segunda guerra Púnica. Todo era entonces común, las magistraturas, los honores, la abnegación por la cosa pública; y á la igualdad de derechos casi correspondía la de los bienes de fortuna. Los grandes consulares, Cincinato, Curio, Fabricio, cuando no llevaban la clámide triunfal, vestían la túnica del campesino cuya pobreza tenían, como sus sencillas y laboriosas costumbres. Patricios y plebeyos rivalizaban en celo para servir al Estado; y si los unos habían dado los Fabios, los Papirios y los Escipiones, los otros podían honrarse con los Decios, los Metelos y los Marcelos. Los romanos de entonces eran verdaderamente un gran pueblo, siempre rudo y grosero; pero el sentimiento del deber cívico llenaba las almas de todos, que con la fuerte constitución de la familia, guardaban la severa vida de los antiguos días. Así, fué aquella la época de las difíciles victorias sobre los samnitas y Pirro, sobre Cartago y Aníbal, que hicieron fáciles todas las otras.

En aquellas guerras había luchado Roma por la existencia: en ellas encontró el imperio, pero falseó sus instituciones. Bajo la presión de las necesidades que se produjeron, subió la pendiente que había bajado; volvió de la igualdad al privilegio, de un régimen de prudente democracia, excelente para una ciudad, á un gobierno centralizado, indispensable para una dominación que tanto se había extendido. Por desgracia, esta revolución hubo de complicarse con otra: las condiciones económicas de la sociedad se trocaron por la conquista de opulentas provincias. Roma que había tenido durante mucho tiempo las costumbres de la pobreza, tomó las de la riqueza, pero de la riqueza adquirida por el pillaje, no por el trabajo. La oposición de las clases hubo de reformarse, y como en los antiguos días, la ciudad con-

tuvo dos pueblos diferentes. Si el tiempo y la ley habían casi borrado la distinción entre patricios y plebeyos, se había levantado una barrera más alta entre el rico y el pobre; aquel cada día más altivo é insolente; éste más miserable y humilde cada día.

Hay que estudiar de cerca esta transformación, por la cual se explican las revoluciones del último siglo de la república: por una parte, la invasión del helenismo, que modificó las costumbres y las creencias de la aristocracia romana; por otra, las consecuencias de las guerras continuas, en que se gastó el antiguo pueblo romano, que los libertos reemplazaron y que, para llevarlas á buen término, exigieron la concentración de todos los poderes en manos del senado.

Fué una verdadera revolución moral y política, de que hay que acusar, menos á la ambición de los hombres que á la irresistible influencia del medio en que vivían entonces los romanos. Los pueblos no son dueños de sus destinos hasta el punto de poder sustraerse á las consecuencias de sus propias empresas. En el teatro del mundo están en acción dos fuerzas desiguales, la libertad del hombre y la fatalidad histórica, es decir, esa fuerza de las cosas, que el hombre mismo crea, puesto que resulta de los hechos por él consumados, pero cuyas consecuencias no puede preverlas todas ninguna sabiduría, como ninguna voluntad llega á dominar sus efectos. Así la invasión del helenismo fué la inevitable reacción de vencidos civilizados sobre vencedores bárbaros, y la oligarquía heredó necesariamente una asamblea popular, impropia para regir los nuevos intereses que había hecho nacer la victoria.

«Después de las guerras de ultramar, dice Cicerón, un amplio río de ideas y conocimientos penetró en Roma (1).»

Pero ¿qué podían dar los griegos de entonces?

Cuando los romanos iban á entrar en Grecia, se hizo ver la debilidad política de este país para explicar su fácil conquista. En el momento de mostrar, como dice el poeta, que los griegos se vengaron de Roma dándole sus vicios, debe decirse cuál era su estado moral.

Aquel pueblo había obrado tanto, que había vivido ya demasiado, y en la época que nos ocupa era ya muy viejo: vejez sin honor de una sociedad que gastaba un resto de fuerza en una actividad turbulenta, y había perdido las virtudes del tiempo en que siendo cada uno necesario á todos, todos trabajaban en el bien común. Los efebos recibían aun su severa educación; pero la olvidaban pronto, luego que entraban en la vida activa; porque desde que Alejandro entregó á los griegos los tesoros de la Persia, y les ofrecían sus sucesores mil empleos de corte, en que la complacencia para con el amo llevaba á la complacencia consigo mismo, se relajaron las costumbres, antes contenidas por la pobreza y el peligro, y á pesar de apariencias aun brillantes, aquella civilización parecía no tener más objeto que multiplicar los medios de dar satisfacción á los apetitos menos dignos del hombre (2). El gran negocio consistía en vivir bien, no como lo habían entendido Fidias y Platón, sino á la manera de aquellos puercos de Epicuro, como dice Horacio (3), los cuales declaraban que la razón y la naturaleza querían que todo se refiriera á los goces del vientre (4). Los poetas cómicos aludían á esto muy á menudo: uno de ellos hace que un cocinero exponga la alta

(1) Cic., de Rep., II, 19. Decía también (pro Archia, 3): *Erant Italia tunc plena Græcarum artium ac disciplinarum.*

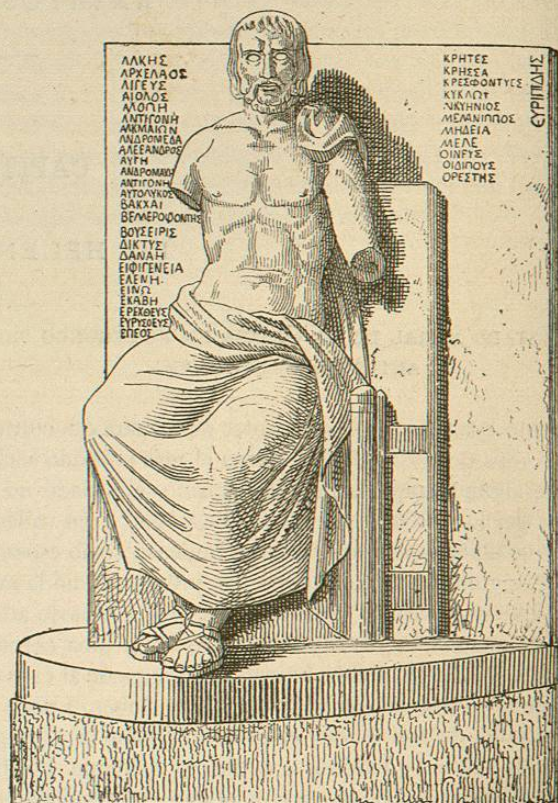
(2) *Græci vitiorum omnium genitores.* (Plin., Hist. nat., XV, 4.) Véase en Plauto, *passim*, la definición de la vida griega, *pergræcari*.

(3) *Epicuri de grege porcum.* (Ep., I, IV, 16.) Cicerón había dicho también: *Epicure noster, ex hæræ producte, non ex schola* (In Pis., 16).

(4) Ateneo, XII, 67.

influencia del arte culinario en los negocios humanos.— «¿Qué cuentos nos endilgas ahí? dice el poeta Alejo. ¡Y el Liceo, y la Academia, y el Odeón, y el consejo anficciónico, necedades de sofistas, en que no veo nada aceptable! Bebamos, caro Sicón, bebamos con exceso y vivamos alegre vida, mientras haya medios conducentes. Virtudes, embajadas, mandos ¡gloria vana y vano ruido del país de los sueños! La muerte pondrá sobre tí su fría mano el día marcado por los dioses. ¿Qué te quedará entonces? Lo que hayas comido y bebido: ni más ni menos. Todo lo demás es polvo; polvo de Pericles, de Còdro ó de Cimón» (5).

Extravagancia de poeta, se dirá; sin duda, pero señal del tiempo. Ennio acababa de traducir para los romanos la gas-



Eurípides (6)

tronomía de Arquestrato y sabido es que ordenar bien una comida era una gloria que ambicionaba el grave Paulo Emilio.

Para esta vida alegre se necesitaba dinero, y se buscaba en todas partes y por todos los medios, hasta por el vicio y el fraude. Para muchos la palabra no era más que un juego, y había quien fuera osado á decir: «¡Oh metal divino, el don más precioso hecho á los mortales! una madre es menos amada que tú!» Y también quien dijera sin cosa de pudor: «Con tal que yo me lucre, llámese me bribón ó como se quiera» (7). Era muy común decir en Grecia: «Dame tu testimonio á descuento» (8). Así ¡qué cinismo, qué desper-

(5) Fragmento conservado por Ateneo. Alejo había nacido en Turio poco tiempo antes de la destrucción de esta ciudad por los lucanos en 390. Era, pues, italiano por su nacimiento; pero vivió en Atenas y murió hacia 288. Aulo-Gelio (II, 23) dice que algunas de sus numerosas comedias fueron traducidas ó imitadas por los romanos.

(6) Museo del Louvre. A la silla de esta estatua hay unida una tabla de mármol en que está grabado el catálogo de las obras de Eurípides. Se encontró este precioso monumento el año 1704 en el monte Esquilino.

(7) Diodoro (XXXVII, 30) dice que estos versos estaban en boca de todo el mundo.

(8) Véase cómo Cicerón arregla á los griegos en su oración pro Flacco.

guenza, qué depravación en la vida pública y privada! Ya nos lo ha mostrado Polibio.

Pero todo se enlaza: el espíritu bajaba con la moralidad: á los severos trabajos de la inteligencia había sucedido la investigación de las sutilezas; la imaginación, esa poderosa facultad de los pueblos jóvenes, estaba perdida, y agotado el genio griego, no pudiendo ya crear, observaba, analizaba, criticaba. Los comentadores sucedían á los poetas: Aristarco reinaba en Alejandría, Crates de Mallos en Pérgamo (1). Se acabó también la elocuencia como la poesía: Demóstenes y sus émulo fueron los últimos oradores de Atenas, como Eurípides y Aristófanes sus últimos poetas. Desde el siglo IV, estaba muerta la tragedia; en el tercero, algunos ingenios pueden aún pretender un puesto aparte, como Menandro, el fundador de lo que se llama la nueva comedia, que Terencio iba á imitar en Roma, como Calímaco y Teócrito, poetas de elegías y pastorales, dos géneros que florecen en la decadencia de las sociedades ó de las literaturas. El principal mérito de Apolonio de Rodas, el poeta épico de aquel tiempo, es una medianía sostenida (2), y Licofrón, el más célebre de los miembros de la pléyada alejandrina, hacía dibujos con sus versos, huevos, hachas, etc. Una de sus invenciones poéticas es presentar á Hércules en el vientre de una ballena, plagio que acaso tomó de los Setenta, y por decirlo todo, inventó también el anagrama.

Entre aquellos griegos de la decadencia, las letras antes honor de la ciudad, la marca brillante de la vida religiosa y política, porque eran el homenaje del genio á los dioses y á la patria, se reducía ya á ser solamente la distracción de una sociedad frívola y estragada.

En el segundo siglo sólo hay que citar un nombre, el de Polibio, cuya obra podría ponerse al lado de las mejores, si hubiera sido tan hábil escritor como historiador concienzudo y penetrante.

El arte obedecía también al poderoso impulso que le habían dado Fidias, Policletes, Praxíteles y Lísipo. Estos grandes hombres habían legado á las escuelas de Rodas y de Pérgamo, entonces las más florecientes, modelos incomparables, cuyos primor de ejecución y procedimientos de arte debían sostener mucho tiempo el desmayo del genio; pero ya se revelaban las señales de la decadencia, pues algunos tomaban lo colosal por lo grande. En Rodas pasaban los navíos á velas desplegadas entre las piernas de la estatua del Sol, cuyos pies estribaban en los dos muelles del puerto; otros despojaban á la estatuaria de su carácter tranquilo y sereno, para que rivalizara con la pintura, no sólo en la expresión patética que pertenece á las dos artes, sino también en la representación de escenas variadas y violentas. Se vaciaba curiosamente el mármol hasta no dejar un punto donde resaltara un músculo, y se violentaba la postura de los personajes, como lo prueban el grupo tan ponderado del Laocoon, que pudo llamarse una tragedia en tres actos, y el del Toro Farnesio, de que se quiso hacer un poema en piedra.

Por lo demás, el progreso ó la decadencia del arte importaba poco á los romanos, que dejaron á sus súbditos el cuidado de proveerlos de estatuas y de cuadros. Con esto, el arte griego, que era al principio un culto, va á venir á ser una industria. Pero bien que decline en torno de sí todo lo que en otro tiempo lo inspiraba, conservará bastante fuerza para vivir aún cuatro siglos y para embellecer el mundo nuevo de Occidente, al que obligará Roma á entrar en la vida ci-

(1) Crates fué enviado por el rey Atalo hacia 152 de embajador á Roma, donde dió numerosas lecturas (Suet., de Illust. gram., 2).

(2) Quintiliano, X, 1; Longino, *Lo Sublime*, XXXIII, 6.

vilizada. Es un memorable ejemplo del poder de las tradiciones y de las escuelas; fenómeno, que por las mismas razones, se ha reproducido entre nosotros, donde de tres siglos acá la escuela francesa no ha tenido más que eclipses parciales, mientras otras han desaparecido.

La religión, al contrario, no habiendo tenido nunca enseñanza doctrinal, ni clero constituido en corporación poderosa, fué inhábil para retener las almas en las cadenas de la ley antigua.

La clase ilustrada no iba á los templos sino por hábito, ni pronunciaba el nombre de los dioses, sino como recurso oratorio. Los olímpicos se morían: Esquilo los había ya atacado en su *Prometeo*, y Aristófanes, el audaz burlón, en sus *Pájaros*, donde se burla de la raza de los dioses como de la de los hombres. En los *Caballeros*, Nicias, el fiel servidor del bonachón Demos (el pueblo), desesperado con las desven-



Hércules sentado (atribuido á Lísipo)

turas que le pasan, no halla nada mejor, para salir de sus penas, que ir á prosternarse ante la estatua de algún dios. ¿Qué estatua? le dice Demóstenes. ¿Crees tú verdaderamente que hay dioses? — Sin duda. — ¿Por qué pruebas? — Porque me han tomado entre ojos. — No tiene réplica.

La Grecia parecía haber perdido la memoria de su pasado; hasta olvidaba á sus grandes hombres. Cicerón tenía á mucha honra haber encontrado en Siracusa el sepulcro de Arquímedes, oculto bajo los espinos; vió el templo de Delfos solitario, la pitonisa muda, y un etolio había quemado el de Dodona, el más venerando santuario de la raza helénica.

En los buenos tiempos de la Grecia, los oráculos habían desempeñado un gran papel, religioso y patriótico; pero ¡cuán laboriosa no era ahora la condición de los dioses proféticos, interrogados á cada instante sobre miserables intereses, y qué flexibilidad de ingenio no habían menester sus sacerdotes para redactar oráculos ambiguos, que satisficieran los anhelos de los devotos sin comprometer el crédito de los dioses!